ridad, y cuando yo doy una palabra la cumplo, ó irá usted á la cárcel por tentativa de estafa á un magistrado, á menos que... á menos que no llegue el caso de que no me sea posible dar un céntimo por su pellejo.

Dicho esto, Sinnamari estrechó la mano del prefecto de Policía que acababa de entrar en el despacho, y que parecía, á juzgar por su semblante descompuesto, un condenado á muerte, por el estilo del que acababa de dejar escapar poco tiempo antes.

XIX

EL AFICIONADO Á LOS LOROS

La mañana del día en que se desarrollaban estos acontecimientos tan importantes y de tanto interés para nuestro relato, y como á cosa de las diez y media de la misma, un hombre en quien á causa de su hermosa barba rubia recortada en abanico reconocíase enseguida á Filiberto Wat, remontaba la larga avenida de los Campos Elíseos.

Los que le conocían, — ¿ y quién no conocía en París al todopoderoso hombre de negocios, al más elegante de los financieros, yerno además del presidente del Consejo? — los que le conocían, repetimos, podían extrañarse de verlo tan de mañana, atravesando á pie, él que siempre ocupaba lujosos carruajes, una vía espaciosa, con un frío más que regular.

Aquella mañana Filiberto parecía muy preocupado, y es de suponer que había emprendido aquella caminata, tras una hora de duchas y de fricciones para anular el cansancio de una noche pasada en vela,

con el exclusivo objeto de meditar á sus anchas acerca de sus inquietudes y zozobras y para hacer lo posible por verlas desvanecidas.

Los acontecimientos de la noche anterior le habían turbado bastante. No porque estuviese comprometido ni poco ni mucho en el asesinato de Lamblin ni en el de Didier, sino porque no ignoraba nada de la tentativa de chantage de ambos muertos, y porque mantenía relaciones de íntima amistad con Sinnamari y con Eustaquio Grimm, razón por la cual se preocupaba de cuanto de desagradable pudiera ocurrir á estos últimos. ¿ Y qué podía ocurrirles de más desagradable que la evasión de ese Desjardies, la ejecución del cual era como el epílogo necesario de los dos embrollados asuntos de Lamblin y de Didier ?

Y á este propósito, Filiberto, acariciando nerviosamente su hermosa barba de oro, se preguntaba por la centésima vez quién podría ser ese fantástico rey Misterio que tan audazmente se mezclaba en cosas que debían tenerle sin cuidado; aquel ser extraordinario cuyo enorme poder había podido apreciar pocas horas antes; el enigmático R. C. con quien le fuera dado cenar la noche anterior. El conde de Teramo-Girgenti habíale dicho ser uno de sus amigos; pero ¿debía creer al conde? ¿No se habría éste burlado de él ? Así lo hubiera creido sin duda Filiberto á no recordar que llevaba precisamente encima, en su cartera, los 25.000 francos perdidos por el conde, que él acababa de cobrar en casa del banquero de R. C. Razón de más para interrogar seriamente á Téramo á este respecto.

Decidido á hacerlo como se lo proponía, Filiberto

apretó el paso en dirección al hotel que acababa de comprar el conde en la esquina de la Avenida de los Campos Elíseos y de la calle del Coliseo.

El jardín del hotel daba á la Avenida, y los patios interiores á la calle de Ponthieu. Acababa Filiberto de dejar atrás la plazoleta, y disponíase á llamar junto á la verja del jardín, cuando vió llegar hacia él un noble anciano á quien reconoció en el acto. El noble anciano llevaba en la mano un loro.

— ¡ Señor de Téramo-Girgenti! — dijo Wat adelantándose con viveza hacia el conde. Este le enseñaba el pajarraco.

— ¿Qué le parece á usted? Soberbio, ¿verdad? Pues soy yo quien lo ha descubierto. Era vecino mío. Todas las mañanas, al salir de casa, oíale anunciar á los pasantes « que había almorzado bien ». Me gustó su voz y encargué á mis gentes que me lo trajesen, costara lo que costase. Y, ¡asómbrese usted! aunque lo oían, no llegaban á dar con él. Por una verdadera casualidad acabo de descubrirlo yo, al volver de mi paseo, ¿dónde dirá usted? En casa de un zapatero de viejo que ha puesto su tenducho en un sótano de la calle del Coliseo. ¡ Lo que me he alegrado! No puede usted figurárselo. El hombre me lo ha dejado por una friolera, quince luises... Vamos, ¿qué le parece á usted?

Parecíale á Filiberto Wat que aquel loro se parecía á todos los loros y no acertaba á comprender cómo un hombre de tan sano juicio, al parecer, como el conde, pagaba la crecida suma de trescientos francos por tan vulgar avechucho.

— Vamos adentro, ó mi loro se va á helar; — dijo Téramo-Girgenti.

La verja que daba acceso á los jardines del hotel del conde abrióse sin que éste último hubiese tocado siquiera el botón del timbre eléctrico.

Wat no se extrañó de ello. Desde que poco tiempo antes conociera á tan singular personaje, había tenido ocasión de observar que el conde de Téramo-Girgenti estaba servido como no podía estarlo ningún príncipe de la tierra. Lo mismo si se quedaba en su casa que si paseaba por París, hubiérase dicho que todas las personas á quienes se dirigía habían sido creadas y puestas en el mundo con el exclusivo objeto de prevenir sus más insignificantes deseos.

¿Quién era en realidad aquel conde de Téramo-Girgenti á quien el presidente del Parlamento español recomendara á la benévola atención de Sinnamari? Según él mismo aseguraba, conocía personalmente á la mayor parte de los soberanos reinantes y decíase emparentado con las más nobles familias de España y de Italia.

En cambio en París nadie conocía á tan gran señor. El conde aseguraba no haber vuelto á la capital de Francia *desde hacía varios siglos*, y este detalle, como es natural, bastó para que Filiberto Wat clasificara *in mente* al extraño personaje, entre el número de los caprichosos. Tanto más cuanto que el hombre, en el poco tiempo que llevaba en París, había arrojado una verdadera fortuna por la ventanilla de su coche, coche por cierto arrastrado por una pareja de bayos que valían, por lo menos, cuarenta mil francos.

En el breve espacio de cuarenta y ocho horas habíale comprado su intendente aquel hotel, amueblándolo regiamente. Un ejército de obreros hizo de

tal inmueble, de una burguesa banalidad desesperante, un verdadero palacio que el conde se complació en poblar de figulinas y objetos raros, pues era muy aficionado á las antigüedades.

Pero más aún que su pasión por estas últimas, admiraba al banquero la que Téramo parecía tener por los loros; y no por otra razón sino porque el hombre no escogía entre estos últimos, como acostumbraba á hacerlo con las antigüedades. Arramblaba por el contrario con cuantos encontraba en su camino, sin distinción de clases ni de sexos; comprábalos todos y daba órdenes para que los llevasen enseguida á su casa, cuando como en el momento en que lo encontramos no era él mismo quien se encargaba de hacerlo.

El día en que tan original archimillonario hubo de presentarse por la vez primera en el despacho de Filiberto Wat, éste no pudo por menos de sorprenderse ante la importancia de las cartas por las cuales el extranjero era recomendado á su alta influencia y á su parisianismo; pero ello no fué obstáculo para que se sintiese verdaderamente maravillado en presencia de la tranquila extravagancia que en sus actos y en sus palabras ponía el noble conde, extravagancia de la que pudo percatarse desde el primer paseo que diera en su compañía.

Telegrafió el yerno del presidente del Consejo á Roma, á Madrid, á Viena y á Berlín, y príncipes y ministros le contestaron que respondían en absoluto del conde, recomendándole al mismo tiempo que hiciera cuanto él le indicase. De todo lo cual hubo de concluir Filiberto Wat que indudablemente se encon-

traba en presencia de algún príncipe de la sangre que por razones especiales se creía en el caso de ocultar su verdadera personalidad.

Cuando ambos personajes hubieron pasado la verja, y una vez cerrada esta última, el conserje, sin hablar ni una palabra, acercóse al conde y tomó de su mano el loro.

— ¿Qué va usted á hacer con ese animal? — preguntó Wat al conde.

— Pues dentro de un momento estará con sus congéneres en la jaula de la calle de Ponthieu.

— ¿Le interesaba á usted de veras ese loro?

— Mucho.

— Así es que irá usted á verlo con frecuencia...

— ¡Jamás!

— ¿Cómo jamás? ¿Pues para qué compra usted los loros, querido conde?

— Para no verlos nunca.

— Pues, la verdad, no me lo explico.

— Yo se lo explicaré á usted, no hoy; otro día. El día de la fiesta de mi instalación definitiva en este palacio.

— ¿Será pronto?

— Así lo espero por lo menos... Tal vez dentro de quince días. Eso es cosa de mi intendente quien me tiene frito con su lentitud. Es de lo más calmoso que puede usted imaginarse. La instalación debería estar ya completa desde hace mucho tiempo, y ya lo ve usted, aun habré de esperar por lo menos dos semanas.

Así hablando, el conde y Wat habían llegado á la escalinata que daba acceso al hotel.

— Pase usted, querido Wat; — dijo Téramo-Girgenti. — Llevo tres horas andando, y le aseguro á usted que no me vendrá mal sentarme un ratito.

— ¿Tres horas? — replicó Wat. — ¿Se trata de un régimen?...

— Sí, señor; á mi edad, por desgracia, no hay más remedio que someterse á los regímenes y tratamientos.

— ¡Bah! A su edad...¡ Como si fuera usted tan viejo!

— ¿Cuantos años me da usted?

— ¿En serio?

— En serio; yo no bromeo nunca.

— Pues... entre los sesenta y los sesenta y cinco. Por más de que no los representa usted, querido conde.

— Tengo veinte años; — interrumpió Téramo. — Veinte años y tres meses. Ni un día más, ni uno menos.

Y así diciendo empujó á Filiberto Wat hacia el interior del vestíbulo.

Wat reía de buena gana; no así el conde, á quien el primero no había visto reir nunca.

Téramo-Girgenti representaba en efecto unos sesenta años, más bien más que menos. Las cejas pobladas y blancas, como el espeso bigote que caía á ambos lados de una boca bien dibujada, en la comisura de cuyos labios había algo de dureza y de escepticismo; la barba, igualmente nívea, y la cabellera abundosa que caía en bucles de plata sobre las orejas, ocultándolas por completo, contribuían no poco á envejecer un semblante que por otra parte podía parecer joven aún

pues las mejillas eran tersas, y los rasgos fisonómicos perfectamente regulares, sin arrugas ni deformaciones. Llevaba lentes de oro, y era de aventajada estatura, aun cuando los hombros parecían algo encorvados. Su voz sonaba con grato timbre; hablaba el francés con ligero acento italiano, no desagradable, y era dado advertir en sus ademanes notable calma y no poco de natural armonía.

Wat interrumpió de pronto su acceso de hilaridad, porque hasta sus oídos acababa de llegar el eco de una voz chillona y desagradable, oída ya por él alguna otra vez, aunque no recordaba dónde ni cuándo. La voz gritaba detrás de una puerta : « Master Bob, Master Bob, voy á contar á usted la historia de la señorita Belladona y el asesinato del Puente Rojo. »

Observando que Filiberto parecía escuchar, el conde volvióse vivamente hacia él y le hizo entrar, mejor dicho, le empujó hacia una habitación bastante obscura, deliciosamente amueblada al estílo turco. Y sin darle tiempo de admirar las panoplias repletas de armas raras, ni los modelos de yataganes y de fusiles con culatas incrustadas de plata, cobre y marfil que adornaban las paredes, se excusó por recibirle en aquel cuarto « de los trastos inútiles » asegurándole que deseaba no enseñarle el hotel hasta que su intendente lo dejara en estado de ser visto por parisién tan inteligente y advertido como lo era Filiberto Wat.

Luego le obligó á sentarse, insistiendo para que aceptase algunas cucharadas de sus confituras perfumadas, que un criado negro, á quien llamaba Alí, había presentado colocadas en alto taburete incrustado de piedras preciosas : una verdadera maravilla

del arte árabe. Junto á las confituras erguíase gallardamente una botella de vino de Tokay, cuyos flancos polvorientos presentaban á intervalos áureos reflejos. La verdad exige que se diga que la tal botella llegaba directamente de las cavas prodigiosas del antiguo castillo de Kœnigsberg, que fué mudo testigo de la memorable borrachera de Falstaff.

De estómago delicado, y poco comedor por naturaleza, Filiberto Wat no quiso tomar nada, agradeciendo mucho la invitación que se le hacía. El conde por su parte se tendió en un diván, y tomando de manos de Alí una especie de estuche de cristal en el fondo del cual aparecían algunas gotas de cierto licor opalino, dijo á su acompañante :

— Hace usted mal, amigo mío, no probando siquiera esas confituras que me envían de Fez, y que son un regalo anual, una especie de precioso tributo de mi amigo Sidi-ben-Kadow, ministro de la guerra de Sid'na Mohamet-Alí.

— Yo he oído decir — interrumpió Wat sin mostrar extrañeza — que ese Sidi-ben-Kadow es el hombre más viejo del mundo. ¿Es verdad que tiene ciento treinta años?

— Nada tan exacto ; — replicó el conde. — Tiene en efecto esa edad : me consta.

— Y sin embargo, es aún ministro... ¿No le parece á usted eso maravilloso?

— ¡Bah! — dijo Téramo tranquilamente. — Sus ciento treinta años no le impiden ser más joven que yo, que no tengo más que veinte. ¡Veinte años! Parece increíble cómo pasa el tiempo! Aun me creo en el día de mi nacimiento. Ha de saber usted, mi

querido señor Wat, que *esta vez* nací en Siria, precisamente el mismo día en que el almirante Napier comenzó el bombardeo de San Juan de Acre. Figúrese usted si recordaré bien ese detalle, que tuve que pasarme doce horas en mi féretro, esperando que acabase el ruidoso cañoneo.

— ¿Cómo es que se encontraba usted allí el día de su nacimiento? — preguntó Wat imperturbable.

— Pues sencillamente, porque allí me había hecho enterrar setenta y cinco años antes. Ya sabe usted, querido señor Wat, que de cada cien años paso setenta y cinco enterrado; ó lo que es igual, que vivo veinticinco años de cada siglo. De modo que esta vez, aun tengo por delante cinco añitos. Pero eso sí, tendré que cuidarme, y sobre todo no engordar. Qué quiere usted, amigo mío: yo no soy un Bálsamo, ni un Cagliostro, ni un conde de San Germán. ¡Ah, si yo fuera eterno! Pero para llegar á los veinticinco años he de tomar á veces mis precauciones. Por eso en el verano voy á tomar baños... sí, señor, ¿le extraña á usted? Pues voy... Aunque á decir verdad nada como el ejercicio; no sabe usted lo bueno que es andar, para la salud... Casi tan bueno como esta mixtura de perlas de Ceilán, disueltas en bálsamo de Fingal. ¿Quiere usted probarla?

— ¿A cómo le resulta á usted cada gota de esa mixtura? — preguntó curiosamente Wat.

— ¿Usted da importancia á ese detalle? Pues no puedo satisfacer su curiosidad; pero Alí va á sacarnos de dudas, porque él debe llevar *mis libros de cocina...*

El negro se acercó.

— Cinco mil francos la gota, monseñor; — dijo. Y

haciendo una profunda reverencia salió de la estancia.

Filiberto saltó en su silla al oir la enorme cifra.

— Ya lo ve usted, — dijo el conde; — una friolera. Conque no se preocupe usted del precio y beba cuanto guste. Tengo en la India tres pesquerías de perlas inagotables, y no pienso establecerme como joyero. ¿Qué quiere usted, pues, que haga con las perlas si no me las como?

— Regalarlas á las señoras.

— ¡Ay, amigo mío! Las mujeres son la ingratitud personificada. Las conozco bien; en dos mil años creo que habré tenido tiempo de conocerlas.

— ¡Dos mil años! Pero es que lleva usted todo ese tiempo sometido al régimen de que me hablaba ahora mismo?

— Sobre poco más ó menos. No lo sé á punto fijo, porque mi memoria flaquea cuando pretendo recordar la época lejana de mi primer nacimiento. Sobre que la primera vez apenas cuenta por nada. Fué un accidente casual, el resultado de un rápido encuentro entre un pastor enamorado y una ninfa de Tesalia, al borde de una fuente en el valle de Tempis. En cambio las otras veces, si he nacido fué porque yo lo quise... después de haber preparado mi muerte. En cada una de esas veces he sido yo mi propio padre; sí, no se extrañe usted. Como que sola mi voluntad hacíame renacer á la luz del día después de setenta y cinco años de descanso entre los muertos. ¡Setenta y cinco añitos de descanso! ¡Vaya un régimen, señor Wat! Claro que al despertar se siente cierto hormigueo en los pies; pero se da uno un paseito, y como si tal cosa... Aquí donde

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

usted me ve yo he sido uno de los primeros andarines de Grecia. Más tarde, concluidas las guerras médicas, en las que me distinguí como portador de mensajes, logré victorias en el estadio de Olimpia. Sí, señor, como usted lo oye; yo he conocido al corredor de Maratón.

Wat estaba asombrado. Miraba fijamente á Téramo-Girgenti, y no sabía qué admirar más en él, si su lenguaje extraño, ó la precipitación con que hablaba y el tono en que decía aquellas cosas inverosímiles. Extrañábale sobre todo que el conde elevase la voz como no era en él costumbre. Además, habíase levantado y marchaba ruidosamente por la habitación; él, que no hacía nunca ruido.

En aquel momento se abrió la puerta dando paso á Alí, y durante el brevísimo tiempo que permaneció abierta, Wat pudo oir de nuevo aquella voz extraña, las exclamaciones roncas ó agudas que ya le preocuparan poco antes, sin duda porque no le era dado recordar dónde había oído por primera vez tan singular chillido.

La voz gritaba: « *By Jove, Master Bob! what a fearft sight.* (Por Júpiter, señor Bob, vaya un espectáculo desagradable.)

Wat sorprendió una mirada fulminante de Téramo-Girgenti á Alí, que habíase atrevido á abrir aquella puerta en el momento en que el conde procuraba que á los oídos de su visitante no llegasen las voces proferidas en el vestíbulo. Dicha mirada pasó de Alí al propio Filiberto, quien lo comprendió todo. Adivinándolo así, Téramo dijo á Alí que esperaba sus órdenes:

— Di al señor Macallán que no quiero recibirle; que no le puedo decir nada, y que haga de modo que yo no le vea por aquí antes del 15 de Enero.

— ¿Y si no quiere irse?

— Lo pones de patas en la calle.

Alí se retiró, muy digno.

— ¿Qué era lo que le estaba diciendo cuando nos han interrumpido? — preguntó Téramo, mientras Wat se acordaba de pronto del famoso gnomo que cenara con él la noche antes en la plaza de la Roqueta. Una tempestad de juramentos y palabrotas franco-inglesas acababa de estallar detrás de la puerta; pero el conde, como si nada oyese, continuaba paseando á lo largo de la habitación, apareciendo y desapareciendo alternativamente en la penumbra y en la sombra como un fantasma alborotador que anduviese á trastazos con los muebles.

— ¡Ah, sí! — dijo al fin. — Decía á usted que con tres horitas de paseo diario espero llegar en buenas condiciones al término de mi vida en este siglo... Usted no ignora que todos los personajes que la historia cita como modelos de longevidad fueron en vida activos y laboriosos.

Dicho esto, el conde arrojó al suelo el taburete árabe y con él el magnífico servicio de cristal de Venecia que se hizo añicos, derramándose sobre la alfombra el almíbar espeso de las confituras de Fez.

Filiberto pensó, sin equivocarse, que actitud tan inusitada sólo podía responder al deseo de cubrir el ruido que detrás de la puerta armaba el enigmático aborto á quien el conde diera el nombre de Macallán.

Téramo interrumpió un momento su charla, y como notara que cesaba el ruido detrás de la puerta, dedujo que Alí había por fin ejecutado sus órdenes. Y Filiberto, que deseaba hacer creer que el incidente no le preocupaba poco ni mucho, se apresuró á interrogar á su huésped.

— ¿Sabe usted, — le dijo, — que gustando como gusta de andar, debe usted fastidiarse de lo lindo durante los años que permanece cadáver?

Detúvose Téramo y miró fijamente á su interlocutor. Y puso tan intensa extrañeza en su mirada, que la sonrisita burlona que retozaba en los labios de Wat pareció helarse en ellos.

— Sepa usted, señor mío, para su gobierno, — dijo el conde, — que nada me fastidia, ni cuando estoy muerto, ni cuando vivo. Claro es que no me muevo estando muerto; pero puedo jurar á usted que mientras vivo hago que los demás se muevan, y me muevo yo mismo tanto y de tal modo, señor Filiberto Wat, que son muchos los que se han postrado á mis pies suplicándome que me detenga...

Y con voz tan sombría, tan siniestra, tan amenazadora de desgracias y catástrofes ocultas que Wat hubo de estremecerse contra su voluntad, añadió enseguida:

— ... ¡Pero yo no me detengo nunca!

Oyendo hablar así al conde, Filiberto tuvo miedo; miedo tanto más extraño cuanto que, lejos de distinguirse por la pusilanimidad, Filiberto Wat era lo que se llama un carácter. Y aquí vienen como de molde unas cuantas líneas para enterar al lector de la historia de este personaje.

Filiberto Wat había nacido en Burdeos. Contaba veinticuatro años cuando murió su padre dejándole sin recursos, por lo que, necesitando ganar su vida, concibió la ingeniosa idea de fundar una agencia para encauzar las reclamaciones de los propietarios bordaleses contra las evaluaciones catastrales. Por desgracia para él, el consejo de prefectura rechazó de plano todas las reclamaciones, y, como es natural, los clientes le abandonaron.

Trató luego, con actividad y deseos de triunfar, de hacer el corretaje de vinos, entrando más tarde en la Bolsa donde se ocupó de contrataciones y corretaje de valores, ingresando de este modo en las filas de la bohemia cimarrona del bolsín y de la banca. No le costó mucho ponerse en primera línea, haciendo gala de la ductilidad de su imaginación, de lo fértil de sus recursos y de su prodigiosa audacia de ejecución. Su primer golpe lo dió fundando un periódico *El Ferrocarril*, del que hizo un órgano de noticias referentes á vías férreas y también á la finanza especulativa; á partir de este momento Filiberto Wat se consideró, con razón, lanzado en el mundo de los negocios.

Aprovechando hábilmente la enorme publicidad de *El Ferrocarril* fundó una sociedad: la *Caja de acciones asociadas*, el objeto de la cual, de los más sencillos, pero de los más difíciles, era la compra de las acciones en el momento favorable, para revenderlas luego con beneficio. Fué por aquel entonces cuando Wat se encontró con Sinnamari. Los dos hombres parecían nacidos para entenderse. La agencia Sinnamari funcionaba ya en la sombra, y su poder político era considerable, por lo cual Filiberto decidió unir por un

lazo secreto dicho poder político al financiero del que él disponía, firmemente persuadido de que ninguno de dichos dos poderes podía subsistir aisladamente y sin el concurso del otro. En realidad de verdad Filiberto no hizo más que ejecutar, sin darse de ello cuenta, las voluntades de Sinnamari; pero como éste dejaba á aquél la responsabilidad de lo que ambos hacían, de ahí que Wat pudiera imaginarse por un momento que él era uno de los hombres de más sólida posición de París, creencia que subió de punto cuando entró, en calidad de yerno, á formar parte de la familia del presidente del consejo. Embriagado por el éxito, se olvidaba de Sinnamari, el cual, en cambio, teníalo á él muy presente.

Volvamos ahora el saloncito turco. La puerta de éste se abrió por segunda vez y el criado turco anunció al conde que su coche estaba enganchado.

— ¿Va usted á salir enseguida? — preguntó Wat no poco sorprendido por cuanto acababa de ver y oir, y sin atreverse á tratar á Téramo de querido conde sin que él mismo supiera el porqué de tal escrúpulo.

— Sí, al momento; — dijo Téramo. — Tengo que ir á la clase de declamación de Marcela Feraud...

— ¿De veras? Pues sepa usted que es una de mis buenas amigas. Si puedo ser á usted de alguna utilidad... Precisamente esta noche pasada hemos cenado juntos en casa... ¿de quién dirá usted? ¡Del rey Misterio!

— ¿Es posible? — replicó Téramo cediendo el paso á Filiberto. — ¿Y qué tal, cómo va ese buen amigo?

— Pero... ¿es de veras amigo de usted?

Y al hacer esta pregunta Filiberto miraba atentamente al conde, quien descendía la escalinata invitándole con el ademán á ocupar un puesto en el carruaje. Téramo contestó con displicencia:

— Diré á usted; yo no tengo muchos amigos, y no creo que haya nadie que pueda estar seguro de tener uno verdadero. Sócrates, á quien tuve el honor de enterrar en otro tiempo, durante una de mis primeras juventudes, decía que su casa era demasiado grande para albergar á todos sus amigos. Pero en fin, Misterio me ha prestada algunos servicios, cuando fuí prisionero suyo en la campiña romana...

— ¿Cómo, prisionero suyo?...

— Como usted lo oye. Misterio fué en sus comienzos uno de los más célebres bandidos romanos. En Italia un rey de las Catacumbas es cosa que se ve todos los días, ó todas las noches... No tiene usted más que darse un paseito por la noche, después de comer, por los alrededores de la tumba de Cecilia Metela, que es un hermoso monumento, y lo vé, de seguro. Así me ocurrió á mí hará cosa de ocho años...

— Pero ¿qué servicios pudo hacerle á usted, querido conde, puesto que era usted su prisionero?

— Entre otros el inestimable de hacerme conocer al papa.

— ¿Qué me dice usted? — exclamó Filiberto encendiendo un enorme cigarro habano.

— El papa estaba preso, como yo, y lo estuvo por espacio de cuarenta y ocho horas.

Precisamente esa captura fué el punto de partida de la celebridad de que goza el rey de las Catacumbas.

A todo esto el conde había hecho montar á Filiberto Wat en su coche.

— Puesto que es usted amigo de Marcela Feraud — le dijo — me hará el obsequio de presentarme á ella.

El coche rodó sobre la grava del jardín, mientras Téramo, luego de cerrar uno de los cristales que quedara abierto, se recostaba muellemente en el ángulo del cupé.

— Si he dicho que la captura del Papa fué el punto de partida de la celebridad de Misterio, es porque R. C., como le llamaban ya allí, en la campiña romana, no era hombre capaz de contentarse con la gloria que le proporcionaba un golpe como ese. Para salir indemne de su cárcel, por cierto muy confortable, que se encontraba entonces en una de las dependencias de las catacumbas de Santa Calixta, en la Via Apia, el Papa hubo de pagar un rescate de tres millones. Y dos horas después de su entrada en el Vaticano, que fué tan misteriosa como lo fuera su salida forzada, le fueron devueltos los tres millones, para sus pobres, según le dijeron al devolvérselos.

Aunque Filiberto Wat había oido referir algunas fantásticas historias de bandidos romanos, parecíale excesivamente inverosímil la que el conde le narraba, por más de que, por otra parte, no veía qué interés pudiera tener aquel hombre en burlarse de él.

— Pero, ¿no le parece á usted — preguntó — que si en realidad hubiese R. C. capturado al Papa, la cosa se habría sabido enseguida?

— Pues nadie supo una palabra, amigo mío. El rey de las Catacumbas es la discreción personificada.

— No diré que no; pero francamente, no me explico cómo quedando en el silencio ese golpe magistral, del que R. C. no sacó ningún provecho pecuniario, pudo

sin embargo ser el punto de partida de su celebridad, según dijo usted hace un momento.

— Porque el golpe lo ignoró el público, pero en cambio lo supieron todos los jefes de banda, y éstos, enterados de la cosa...

— ¿Qué hicieron?

— Proclamaron á R. C. jefe supremo.

— Cargo que aceptó, naturalmente.

— Sí; pero como hubo de parecerle Italia demasiado pobre para la realización de sus vastos planes, vino no hace mucho tiempo á instalarse en Francia, trayéndose de allí á algunos de sus mejores lugartenientes.

— Lo que me extraña es que no se haya hablado de él hasta estos días.

— Tengo entendido que meditaba un negocio enorme, una operación magna para llevar á cabo la cual era preciso mucho tiempo, varios años, según creo.

— Puede. Pero aún no me ha dicho usted, querido conde, cuánto hubo de pagar á ese bravo para conseguir su libertad. Sin embargo, si soy indiscreto...

— Nada de eso, amigo mío; es una pregunta muy natural la de usted. Pues por mi libertad pagué cinco millones.

— ¡Cinco millones! Que naturalmente no le ha devuelto á usted. ¿Y á eso le llama usted hacer servicios?

— Ya le dije antes que gracias á él conocí personalmente al Papa.

— Pero es que al Papa se le puede conocer por mucho menos dinero.

— Los católicos, sí; pero yo no lo era.

— ¡Ah!

— Figúrese usted que yo seguía siendo pitagórico... Un retraso considerable, como usted ve.

— Sí que lo era.

— Y el Papa me convirtió; el hombre se aburría, como yo, porque estuvimos juntos...

— Sí, ahora comprendo, y la cosa me parece original, deliciosa: dijo Filiberto Wat con tono zumbón. Luego añadió poniéndose serio :

— ¿Conoce usted la última proeza de su amigo? ¿Sabe usted lo que ha hecho esta noche el rey Misterio?

Téramo-Girgenti interrumpió á Wat.

— Sí, lo sé, porque se trata de un hombre que me interesa mucho. Pero dígame usted, querido señor Wat; ¿no había usted prometido el secreto acerca del asunto Desjardies?

— No sólo á R. C. si que también al Procurador imperial. Todos se lo hemos prometido. Sin embargo, no creo que tarde mucho en saberse la cosa. Los periódicos...

— Esos no dirán nada.

— ¿Por qué?

— Porque nada han de saber. Buen cuidado tendrán de que lo ignoren todo, el poder de arriba, personificado por Sinnamari, y el de abajo, que encarna en R. C. Créame usted, todo el mundo tiene interés en que se haga el silencio.

— ¿Sabe usted, — dijo con sorna Filiberto, — que no deja de ser extraño que llevando en París tan poco tiempo esté usted tan al corriente de lo que aquí ocurre de más misterioso?

— Lo reconozco.

— ¿Es acaso R. C. quien le pone al corriente de todas esas cosas?

— Sí, señor; le veo con bastante frecuencia.

— En ese caso hay que suponer que usted conoce asímismo *lo que se propone* R. C.

— ¿Cómo *lo que se propone?*

— Sin duda; R. C. persigue un objetivo. Personal, indudablemente, y en absoluto ajeno á los negocios de la famosa asociación A. C. S. como la llaman, según creo.

— Así es, en efecto.

— Estaba seguro de ello. Si ha hecho que se fugue Desjardies no es tan sólo por altruismo, por amor de la humanidad. Ese hombre trabaja contra algo, ó contra alguien.

— Me parece indudable.

— Todo eso tiene el interés que le da el misterio : — dijo Wat con tono indiferente. — Sospecho que pasará algún tiempo antes de que sepamos qué es ese algo, ó quién es ese alguien...

— ¡Bah! — exclamó Téramo; — como no se trata de usted, señor Wat, creo que eso es cosa que debe tenerle sin cuidado.

En este momento el coche, que se dirigía hacia la calle de Berlín, donde Marcela Feraud tenía su clase de declamación, había llegado al cruce del Faubourg Saint Honoré, y hubo de detenerse un momento por haberse producido un choque entre otros dos carruajes.

Wat se estremeció de pronto. En el marco de la portezuela, del lado de Téramo Girgenti, acababa de

aparecer, gesticulante y terriblemente amenazadora la cara fantástica del gnomo americano, articulando sin duda palabras que no se oían.

El conde bajó bruscamente el cristal y dirigió al gnomo severas palabras en una lengua desconocida para Wat. Y éste presenció entonces el espectáculo inquietante de una fisonomía que deja de reflejar la cólera, para dar paso á las manifestaciones de la más loca alegría. Luego aquella boca horrible y desdentada, que plegaba una infernal sonrisa, pronunció estas palabras « *Can itn be?* » (¿Es posible?) y la mirada del aborto tuvo una expresión de infinita ternura, y de sus ojos se desprendieron dos gruesas lágrimas.

Levantó el conde el cristal y casi al mismo tiempo reanudó el coche su marcha.

— Querido conde, — dijo con cierta timidez Filiberto, — ¿quién es ese hombre? Se lo pregunto porque le he visto esta noche pasada... Se presentó él mismo en casa del rey de las Catacumbas.

— ¡Bah! — contestó el aficionado á los loros. — *No se ocupe usted de eso...* El rey es el rey, y ése es su bufón.

XX

EN EL QUE EL LECTOR HACE CONOCIMIENTO CON LILIANA DE ANJOU, Y EN EL QUE LILIANA DE ANJOU CONOCE AL CONDE DE TÉRAMO GIRGENTI.

La aparición de Macallán á la portezuela del coche debía haber impresionado singularmente á Filiberto Wat, porque luego de las últimas palabras pronunciadas por el conde, palabras que cerraban el paso á toda nueva indiscreción, guardó profundo silencio que no quiso interrumpir hasta que el coche se detuvo de nuevo en la esquina del boulevard Malesherbes y de la calle de la Pepinière.

Eran entonces las once de la mañana.

Filiberto Wat, que miraba distraído los pasantes que desfilaban friolentos por las aceras, exclamó de pronto :

— ¿Usted no conoce al coronel Regine? Ahí lo tiene usted; ese que sale de la casa de enfrente.

— ¿Quién es Regine? — preguntó Téramo Girgenti, que parecía indiferente al honor de ver al coronel.